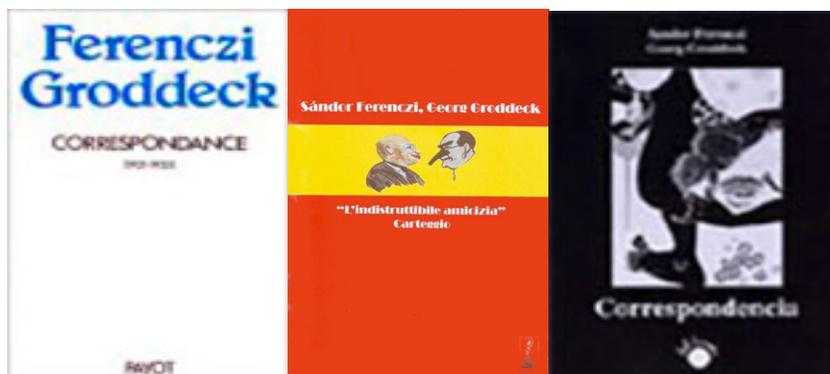


EVIDENCIAS TESTIMONIALES.

01. INTRODUCCIÓN.



Michael Giefer

En la primavera de 1921, Sándor Ferenczi contacta por primera vez a Georg Groddeck, mediante una carta de tono formal. Ya cuatro años antes, su atención había sido dirigida hacia él por Sigmund Freud. Este había enviado a Budapest¹ las dos primeras cartas que Groddeck le escribió en mayo y junio de 1917.² En dichas cartas, Groddeck exponía su aplicación de los métodos psicoanalíticos al tratamiento de las enfermedades somáticas y relataba sus experiencias en el uso del psicoanálisis más allá de los trastornos puramente psíquicos y los temas culturales. La reacción de Ferenczi había sido inicialmente ambivalente. En sus respuestas a Freud, por un lado, lo definía como “un tipo fantasioso” y lamentaba su carácter “acrítico”. Por otro lado, sin embargo, también se sentía estimulado por sus ideas y consideraba oportuno “conocer a este hombre”³. Posteriormente, a finales de 1917, apareció en la *‘Internationale Zeitschrift für ärztliche Psychoanalyse’* una reseña de Ferenczi sobre el ensayo de Groddeck ‘Condicionamiento psíquico y tratamiento psicoanalítico de las afecciones orgánicas’⁴. En ella, recomendaba a sus colegas considerar la idea de Groddeck de “aplicar los resultados de las teorías freudianas a la medicina orgánica”⁵.

Presumiblemente, fue solo en 1920, durante el VI Congreso Psicoanalítico Internacional en La Haya⁶, al cual ambos asistieron, cuando tuvo lugar un primer y fugaz encuentro. Sin embargo, no existe ninguna prueba de ello. Por lo tanto, podemos considerar la carta de Ferenczi del 26 de abril de 1921 como el primer contacto directo con Groddeck. En esta carta, de estilo formal —un médico pide a un colega que colabore en el tratamiento de una joven paciente acogéndola en su casa de reposo—, Ferenczi muestra que aún no tenía un interés particular en conocer más de cerca los métodos de tratamiento de Groddeck. No obstante, las ideas de Groddeck habían encontrado terreno fértil en Ferenczi, quien ciertamente no había dejado de reflexionar sobre ellas. Tanto es así que, cuatro meses más tarde, en su siguiente carta, incluso le solicita, aunque solo de manera indirecta, un tratamiento para sus propios problemas renales.

En septiembre de 1921, con la estancia de Ferenczi y su esposa Gisella en la casa de reposo de Groddeck en Baden-Baden, comienza una amistad que también involucra a sus respectivas esposas. Los dos hombres encuentran, incluso y especialmente más allá del ámbito científico, aquella comprensión mutua que les había sido negada en su relación con Freud. Sobre todo, se materializa su deseo de una relación afectuosa y amistosa, no condicionada por necesidades y caracterizada por una sinceridad mutua y genuina. “Para ambos, la amistad fraternal que surgió entre ellos vino a ocupar el lugar de aquella relación filial hacia Freud”, escribe Herbert Will.⁷

En la carta muy íntima de la Navidad de 1921 —a la que se hará referencia repetidamente aquí— Ferenczi revela todo su drama amoroso, que comienza con sus padres y continúa con, y más allá de Freud, hasta su esposa y la hija de esta, Elma: o su deseo permanece insatisfecho, o bien la persona que lo ama no es la adecuada, porque no puede satisfacer plenamente sus necesidades. En Groddeck, Ferenczi finalmente encuentra un amigo en quien se siente acogido y ante quien puede abrirse completamente sin sufrir rechazo. Y Groddeck encuentra en Ferenczi un amigo que, pese a algunas divergencias en cuestiones científicas, lo ama y aprecia, lo acepta en su manera, a veces fantasiosa, de ver las cosas, y que no lo obliga a competir. La posibilidad de adoptar posiciones cambiantes en su relación, convirtiéndose a veces en madre, otras en hijo o en hermano, tiene para ambos un gran significado. El desarrollo de la técnica de tratamiento de Ferenczi a finales de los años 20, hasta su técnica de análisis mutuo, me parece, entre otras cosas, fuertemente influido por esa actitud de madre amorosa que Ferenczi experimenta con Groddeck. Al mismo tiempo, podía alternar en el rol de niño, otra actitud típica de Groddeck. Los cambios relacionados con esta dinámica en su forma de interactuar con el analizado, especialmente en relación con la clásica regla de abstinencia y un mayor involucramiento de su propia persona, podrían haber sido influenciados por los métodos de tratamiento de Groddeck. La valentía para un encuentro auténtico con el paciente era una característica distintiva de ambos hombres.

Al inicio de su intercambio epistolar, Ferenczi tenía 47 años, llevaba más de una década siendo uno de los exponentes más importantes y creativos del psicoanálisis, y mantenía una relación cercana con Freud tanto desde el punto de vista científico como personal. Había fundado en Budapest un grupo psicoanalítico del que era presidente. Desde hacía dos años estaba casado con Gisella Pálos, ocho años mayor que él, tras una relación amorosa que duró muchos años. Sin embargo, también estaba enamorado de Elma, la hija mayor de primer matrimonio de Gisella, quien era 22 años menor que su madre. Este trágico triángulo representaba para Ferenczi una fuente constante de tormentos y dificultades.

Groddeck, al inicio de su intercambio epistolar, tenía 54 años y dirigía desde hacía 21 años una casa de reposo en Baden-Baden, donde trataba a personas con las más variadas enfermedades orgánicas. Desde hacía unos diez años aplicaba métodos psicoanalíticos, como el tratamiento de resistencias y de la transferencia, o la interpretación de símbolos, para comprender y tratar las enfermedades somáticas. En 1917 logró captar el interés de Freud por sus ideas y trabajos. Desde hacía unos cinco años convivía con Emmy von Voigt, una viuda de origen sueco que había sido su paciente, tras separarse de su primera esposa. A principios de 1921 se publicó su novela psicoanalítica '*Lo scrutatore d'anime*', que Ferenczi reseñaría en la revista '*Imago*'. Al mismo tiempo, había comenzado a redactar su nueva obra, '*El libro del Ello*'. Desde hacía un año era miembro de la Sociedad Psicoanalítica de Berlín. Desde mayo de 1921 intentaba, sin éxito, convencer a Freud de que lo visitara en Baden-Baden.

La correspondencia que nos ha llegado es, lamentablemente, muy unilateral. A las 52 cartas y postales de Ferenczi solo se contraponen tres cartas de Groddeck dirigidas a él y una a Gisella Ferenczi, escrita después de la muerte de Sándor. En 1936, ante la solicitud de Emmy Groddeck de que le devolviera las cartas que su esposo había escrito a Sándor, la viuda respondió: "Lamentablemente, no puedo satisfacer tu petición de enviarte las cartas de Pat⁸ a Sándor. Él era, como sabes, un 'niño desordenado y despreocupado' que vivía solo para el momento —disfrutando la alegría—, y así ocurría que, apenas leída una carta —por muy grande que fuera su alegría—, la destruía, de modo que no conservo ninguna".

¿Debemos limitarnos a creerle? Después de todo, Ferenczi había conservado casi todas las cartas de Freud durante 25 años. Solo podemos formular hipótesis: tal vez las cartas que su amigo y ocasional analista le escribía eran demasiado íntimas para Ferenczi, o quizá así se lo parecieron a su esposa, y fue ella quien, más tarde, las destruyó. Considerando los rumores sobre el estado de salud mental de Ferenczi en sus últimos años, difundidos tras su muerte, es posible que Gisella se sintiera impulsada a tomar esta decisión.

Si consideramos las cuatro cartas de Groddeck que han llegado a nosotros en forma de borrador o copia, podemos constatar que él habla principalmente de sí mismo y de su concepción del psicoanálisis. Por otro lado, varias cartas de Ferenczi, en particular del periodo entre 1921 y 1925, sugieren que en sus escritos Groddeck se interesaba, interpretándolos, en lo que Ferenczi escribía sobre sus propios sufrimientos físicos

y psíquicos. En esos primeros años de la relación, Ferenczi se mostraba extremadamente abierto con Groddeck, lamentando sus penas tanto psíquicas como físicas.

El desarrollo de una amistad

Sobre la base de la correspondencia, pueden establecerse varias fases en la relación entre Ferenczi y Groddeck. La primera abarca el período desde abril de 1921 hasta finales de 1923. Después de la primera carta, de tonos decididamente formales, ya en la segunda Ferenczi adopta un tono mucho más personal. Desea conocer los métodos de tratamiento de Groddeck, elogia ‘El buscador de almas’, publicado poco tiempo antes, y solicita reservar una habitación en la casa de reposo para él y su esposa. En su cuarta carta, tras su primera estancia en Baden-Baden, ya no se dirige a Groddeck como al “estimado colega”, sino como al “querido doctor Groddeck”. Tanto Ferenczi como su esposa parecen haber disfrutado mucho durante los diez días de su primera visita a Baden-Baden y haber iniciado una amistad sincera. Groddeck, por su parte, también parece haber disfrutado mucho de la visita. De hecho, en diciembre escribe a Freud: “Mientras tanto, estuvo aquí Ferenczi. Su visita me produjo una gran alegría y espero que también él haya disfrutado de estar conmigo y con los míos. Creo que ambos recibimos mucho el uno del otro”⁹. En la carta fechada “día de Navidad de 1921”, la total confianza de Ferenczi en Groddeck se hace evidente. Ciertamente, aún se dirige a él con “usted” (formal), pero ya lo llama “querido amigo”. Las confesiones íntimas que Ferenczi añade tras este saludo sugieren que, durante su estancia anterior con Groddeck, había comenzado con él un análisis que ahora continúa por carta, aunque, como se mencionó antes, no contamos con las cartas de Groddeck que lo confirmen. También en la carta del 27 de febrero de 1922, Ferenczi escribe detalladamente sobre sus dolencias y las asociaciones relacionadas. Además, manifiesta su intención de regresar a Baden-Baden en verano para continuar su análisis como “paciente regular”. Cuando, en la carta del 2 de mayo de 1922, comete un error escribiendo inicialmente “vosotros” y luego corrigiéndolo a “usted”, este lapsus es ciertamente una expresión de su profundo y sincero sentimiento de amistad hacia Groddeck.¹⁰ En cartas posteriores, Ferenczi solicita tratamiento para su hijastra, Elma Laurvik, y para su cuñada, Sarolta Alcsuti. Ambas pasan varios meses en 1922 en la casa de reposo de Groddeck. Posteriormente, también su cuñada Vilma Ferenczi, esposa de su hermano Károly, acudirá a Baden-Baden para recibir tratamiento. En la primera carta de Groddeck, de mayo de 1922, de la cual solo se conserva una copia, éste no solo expresa su alegría por el próximo reencuentro, sino que también menciona las dificultades que está teniendo con Freud y otros psicoanalistas vieneses.

Durante la segunda estancia de Ferenczi en Baden-Baden, en el verano de 1922, la amistad entre los dos se vuelve aún más estrecha y, como sabemos por una carta de Ferenczi de octubre de ese año, ahora se tutean. Ferenczi continúa su análisis con Groddeck e intenta, a su vez, analizarlo “seis o siete veces”, como Groddeck escribiría más tarde a Freud.¹¹ Sin embargo, parece que el análisis de Ferenczi no se lleva mucho más lejos. Groddeck, a pesar de las muchas presiones, evita un análisis más prolongado con Ferenczi. Solo en 1925, durante una visita de Groddeck a Budapest, ambos analizarán juntos, una vez más, un sueño de Groddeck.¹²

Las cartas de Ferenczi de octubre y diciembre de 1922, así como la carta de Groddeck de noviembre, pueden considerarse un esclarecimiento de sus puntos de vista científicos y su posición respecto al psicoanálisis. Mientras que Groddeck se opone a las reglas y normativas, considera la vida misma como el “sumo analizador” (‘Hauptanalysator’) y desprecia los sistemas, Ferenczi se esfuerza por convencerlo de la necesidad de cierta lógica y clasificación, aunque siempre las concibe como algo provisional. Ferenczi defiende mantener un marco que dé orden al pensamiento y busca expandir el psicoanálisis de manera sistemática. Además, lo defiende frente a los psicoanalistas berlineses, como Karl Abraham o Max Eitingon, quienes critican repetidamente y de manera severa los vínculos de Groddeck con el psicoanálisis, especialmente por sus exhibiciones públicas. Así escribe Ferenczi en 1925, en una carta del “Comité secreto”: “Es un tipo original, que en los asuntos de menor importancia debe ser dejado a su propio camino; en lo esencial, es un seguidor fiel y, además, un hombre decente. No practica un psicoanálisis puro, sino que utiliza una torpe mezcla de diversas medidas terapéuticas. Tal vez, dar en público un ejemplo de sus propias

asociaciones libres fue algo poco táctico o incluso arrogante. En él, la arrogancia es, en realidad, solo un exceso de valentía”,¹³ algo que no le falta. Tratar de acomodarse a él de alguna manera lo haría más flexible; amenazarlo con algún párrafo [del reglamento de la Asociación Psicoanalítica Internacional] ciertamente lo haría más hostil”.¹⁴

Groddeck, quien rechaza vehementemente toda construcción de sistemas y una psicoanálisis científico rígido como un corsé, encuentra en Ferenczi a un colega y amigo que, como él, recurre a la libertad de la fantasía y a la demolición de formas tradicionales de pensar, aunque no se expone de la misma manera. Ambos abren nuevas vías en el triángulo paciente-enfermedad-médico, más allá de la corriente psicoanalítica principal, dejándose atrapar por este entramado de relaciones y siendo conscientes de cuánto pueden ser influenciados por el paciente. Así, se los puede considerar cofundadores de la psicología bipersonal, hoy ampliamente reconocida. Para ambos hombres, práctica y teoría tienen una relación de estrecha y mutua influencia, se estimulan e interpelan mutuamente. Groddeck prefería un “teorizar divertido (serio, pero considerado absolutamente provisional)”.¹⁵ En él, el impulso y el juego de la fantasía acompañaban e influían en su concreta labor médica. Para él, nunca se trató de desarrollar un sistema teórico vinculante y universalmente válido. Por el contrario, Ferenczi buscaba investigar científicamente este entramado de relaciones e integrarlo en la estructura teórica del psicoanálisis para hacerlo accesible a otros. Según Groddeck, Ferenczi habría sido víctima de este “vuelo estelar”, como escribió en 1934, en su última carta a Gisella Ferenczi.

A partir de 1924, las observaciones de Ferenczi sobre sus trastornos psíquicos y físicos disminuyen. Tampoco los analiza en sus cartas con la misma intensidad que en los tres primeros años. Sus reflexiones sobre la teoría y la técnica psicoanalítica se reducen, y las cartas se hacen más breves. Si en los primeros dos años y medio aproximadamente 57 páginas se distribuyen en 19 cartas y postales, en los siguientes diez años, desde 1924 hasta la muerte de Ferenczi, encontramos aproximadamente el mismo volumen de material, pero repartido en 33 cartas y postales. Los temas de esta segunda fase abarcan desde reiteradas noticias sobre el cáncer de Freud hasta felicitaciones de cumpleaños y saludos desde lugares de vacaciones, relatos sobre congresos a los que asistió Ferenczi, su trabajo con pacientes y sus escritos, eventos dentro del movimiento psicoanalítico y cuestiones privadas. Rara vez las cartas son muy detalladas, pero siempre son cordiales. La amistad parece hacerse más estrecha con cada visita de Sándor y Gisella Ferenczi a Baden-Baden. En 1924, incluso, los Ferenczi no se hospedan en la casa de reposo, sino en la casita de madera de Groddeck, ubicada en el terreno de su residencia en la Hans-Thoma-Straße. También la visita de Groddeck y su esposa a Budapest en 1925 parece haber contribuido a profundizar aún más la amistad. Tras su estancia en América entre 1926 y 1927, los Ferenczi pasan dos meses en Baden-Baden. Después de esta estancia, Ferenczi comienza a llamar a Groddeck por su apodo, “Pat”. Además, pospone, con gran irritación de Freud, su visita al Semmering debido a este largo periodo en Baden-Baden. Solo después del congreso de Innsbruck, celebrado en septiembre, le relata personalmente sus experiencias en América. Una carta de Gisella Ferenczi de septiembre de 1927 ofrece un pequeño vistazo de esta visita al Semmering.

En 1929 se produce un breve pero evidente desacuerdo entre Groddeck y Ferenczi. Groddeck lee en la revista ‘Die psychoanalytische Bewegung’, editada por A. J. Storfer, el ensayo de Ferenczi “Masculino y femenino”,¹⁶ en el que este presenta como propio el descubrimiento de la aplicación de conceptos psicológicos como la represión y la formación simbólica a los procesos orgánicos. Al menos no menciona a Groddeck, quien considera este hallazgo como una de sus principales aportaciones científicas. Esto lleva a Groddeck a escribir una dura carta a su amigo, reclamando su derecho de prioridad y exigiendo una aclaración. Ferenczi se muestra confuso: por un lado, parece no entender claramente lo que Groddeck exige; por otro, había tenido hasta ese momento la impresión de que Groddeck no daba demasiada importancia a los derechos de prioridad. Por ello, en su carta de cumpleaños del 13 de octubre de 1926, había escrito: “La psicoanálisis te debe, en cualquier caso, importantes estímulos; los mejores de nuestro grupo lo saben muy bien, aunque tus derechos de prioridad sean tratados en la literatura un poco como por una madrastra. Dado que no pareces atribuir un valor demasiado alto a las cuestiones de prioridad, esta negligencia no te molesta particularmente”. Sin embargo, esta vez Groddeck se opone mucho más claramente que en su momento,

cuando Freud adoptó su concepto del “Ello” (‘Es’) adaptándolo a su sistema.¹⁷ Aun así, parece haber sido solo una breve protesta, pues ya cuatro semanas después Ferenczi observa que Groddeck ha dejado de pedir aclaraciones por los “malentendidos” que le siguen resultando “totalmente incomprensibles”. En el ensayo que Ferenczi presentó en el congreso de Oxford en agosto de 1929, titulado ‘Principio de relajación y neocatarsis’, cita a Groddeck como aquel del que aprendió a “animar a los pacientes a recuperar la ingenuidad infantil”,¹⁸ (probablemente haya sido un motivo de satisfacción para Groddeck leerlo en la ‘Internationale Zeitschrift’). En octubre de ese mismo año, Ferenczi agradece a Groddeck el maravilloso periodo pasado juntos en Baden-Baden. Había estado allí nuevamente durante casi dos meses, desde finales de agosto hasta finales de octubre. Unas semanas antes, en una carta desde St. Moritz, donde se encontraba con algunos pacientes, había vuelto a lamentarse de nuevos problemas cardíacos y respiratorios. La estancia en Baden-Baden parece, sin embargo, haber traído solo una mejora temporal; de hecho, el 14 de febrero de 1930 informa a Groddeck nuevamente sobre dificultades respiratorias nocturnas y ataques de cefalea.

Las cartas ahora son aún más escasas. Excluyendo las postales y las cartas desde sus vacaciones en Italia en 1931, desde 1930 hasta la muerte de Ferenczi hay solo otras cuatro misivas dirigidas a Groddeck. En el mismo período, sin embargo, también su correspondencia con Freud se redujo considerablemente. Su “bloqueo del escritor”, mencionado en una carta a Freud,¹⁹ no afectaba únicamente las cartas, sino también su producción científica. Durante sus últimos tres años de vida, publicó un total de siete trabajos. En este periodo, Ferenczi se dedicó intensamente a sus pacientes y a nuevos métodos de tratamiento, aunque los discutió muy poco en público. Este hecho se justifica por el hecho de que sus innovaciones fueron comprendidas y aceptadas inicialmente solo por unos pocos. Esto es particularmente cierto en el caso de los tres últimos e importantes ensayos publicados durante su vida: “‘Principio de relajación y neocatarsis’” (1930), “‘Análisis infantil con adultos’” (1931) y “‘Confusión de lenguas entre los adultos y el niño’” (1933)’. Es especialmente en su ‘Diario clínico’, escrito en 1932 pero publicado póstumamente solo en 1985, donde se puede comprender lo que impulsaba a Ferenczi en ese periodo.

Sobre por qué no discutió sus nuevas ideas y experimentos ni siquiera con su íntimo amigo Groddeck —al menos no por carta—, solo pueden formularse hipótesis. Seguramente era consciente de que se movía en los márgenes de —si no ya más allá de— los supuestos psicoanalíticos dominantes. Temía que ello derivara en una explícita rivalidad con Freud y, a pesar de todas las desilusiones sufridas en su amor por él, permaneció ligado a Freud con un afecto casi infantil, como lo evidencian también sus desesperados estallidos de ira en el ‘Diario clínico’. Que Groddeck, en su última carta a Gisella Ferenczi, hable de un “vuelo estelar” sugiere, sin embargo, que ellos discutieron los experimentos técnicos de Ferenczi y sus implicaciones para la teoría analítica. Tal vez Ferenczi no se sintió suficientemente comprendido por Groddeck, o tal vez este no pudo o no quiso seguirlo en su camino.

Los métodos de tratamiento de Groddeck.

Cuando en 1921 Ferenczi visitó Baden-Baden, conoció una forma de entender la enfermedad y métodos de tratamiento que Groddeck había estado desarrollando durante más de 30 años. Como discípulo de Ernst Schweninger, profesor en Berlín y médico personal de Bismarck, Groddeck ponía en el centro no la enfermedad, sino al enfermo, para quien diseñaba un tratamiento individualizado. “No conocemos ningún estreñimiento, sino solo personas estreñidas. No tratamos el estreñimiento, sino a personas estreñidas”, escribieron Groddeck y Schweninger en 1898.²⁰ Despreciaba razonar en esquemas. Al comienzo de su actividad médica, los tratamientos de la medicina fisicalista, como baños, masajes y dietas, eran métodos importantes. Además, desempeñaban un papel esencial la personalidad del médico, su capacidad empática, su experiencia y su influencia casi omnipotente. Desde 1900 trataba a sus pacientes en una pequeña casa de reposo en Baden-Baden, que inició con la ayuda económica de su hermana Lina. Poco a poco descubrió que los factores psíquicos tenían una importancia fundamental en el origen y tratamiento de la enfermedad. Al principio, intentó influir en sus pacientes mediante la sugestión. Incluso en 1913 atacaba el psicoanálisis en su libro ‘Nasamecu’.²¹ Solo durante la Primera Guerra Mundial comenzó a interesarse más intensamente por sus métodos y a aplicarlos al tratamiento de sus pacientes con enfermedades orgánicas.

Para Groddeck, estar enfermo es “una expresión de vida del organismo humano.. una creación del enfermo”.²² El síntoma patológico es una formación de compromiso entre las aspiraciones del Ello y las demandas de la realidad. Sin embargo, el Ello de Groddeck es fundamentalmente diferente del freudiano. Mientras que en Freud el Ello es una instancia psíquica junto al Yo y el Superyó, Groddeck lo concibe como una fuerza vital general del organismo. Para él, el Ello es un concepto práctico que le sirve como hipótesis de trabajo en su actividad médica concreta. “El Ello individual del ser humano”, escribe en 1925, “comprende conciencia e inconsciente y aquello incapaz de ser consciente, lo físico y lo psíquico, el Yo y las pulsiones. Todos los procesos vitales y los síntomas son manifestaciones de este Ello”.²³ De este modo, supera la concepción dualista de cuerpo y alma, así como la distinción teórica entre enfermedades psicógenas y enfermedades físico-orgánicas.

En el plano terapéutico, distingue, como hacen otros, entre factores de tratamiento verbales-psicoanalíticos y médico-orgánicos. Sin embargo, ambos pueden servir para estimular la acción del Ello del enfermo con el fin de encontrar una solución al conflicto patógeno entre Ello, Yo y entorno. Concibe el Yo como “una entre muchas formas de manifestación del Ello”,²⁴ que solo se organiza en el aquí y ahora. El Yo, en cuanto experiencia de individualidad e intermediario con la realidad, permanece bajo el dominio del Ello, que no conoce límites respecto al mundo exterior. “El Ello nos obliga a creer que sus acciones, pensamientos y sentimientos ocurren en nuestra conciencia, nuestra voluntad, nuestro Yo”.²⁵ “Para Groddeck, la consecuencia más importante de esta dependencia y oposición recíproca entre Yo y Ello,” escribe Herbert Will en su monografía, “era la observación de que la mayoría de las enfermedades se originaban en sus relaciones. La enfermedad le aparecía a menudo como el resultado de una demanda intolerable del Yo y su pensamiento orientado hacia la realidad, frente al Ello, una demanda a la cual el Ello reaccionaba psicosomáticamente con su pensamiento asociativo-simbólico complejo”.²⁶ En consecuencia, las componentes psíquicas del síntoma —ya fuera una nefritis, un trastorno de la visión, una enfermedad cutánea o un estado de angustia— eran el punto de partida para un tratamiento psicoanalítico.

Dado que un influjo directo del psicoanálisis sobre la enfermedad física no es posible, el tratamiento psíquico solo puede llevarse a cabo si el Ello “transforma procesos orgánicos latentes en síntomas manifiestos mediante complejos psíquicos, o incluso crea directamente tales síntomas a partir de material aparentemente solo psíquico”²⁷. Y dado que cada Ello habla un idioma propio, no puede darse una interpretación universalmente válida de un síntoma corporal, por lo que se hace necesario individualizar el enfoque hacia cada persona. Así, el objeto del tratamiento es “el estado psico-físico del paciente que ha hecho deseable enfermarse y que, quizá, prolonga la condición de enfermedad”²⁸. Con ello, Groddeck no concibe al paciente como el objeto pasivo de su tratamiento, sino que se ve a sí mismo entreverado con él en una relación de influencias mutuas. Ambos son aprendices; incluso el médico está en tratamiento con el paciente.

La transferencia y la resistencia son elementos centrales en el tratamiento de Groddeck. “El médico, en cierta medida, puede provocarla [la transferencia]”²⁹ o, al menos, puede y debe intentar conservarla y guiarla una vez que se ha presentado. Pero lo esencial, la transferencia en sí misma, es un proceso reactivo que se desarrolla en el paciente y que, en esencia, se sustrae a la influencia del médico³⁰. Con su propia actitud, Groddeck busca establecer una transferencia materna para permitir al paciente el acceso al mundo de su infancia y hacer consciente nuevamente aquello que fue reprimido durante el desarrollo del Yo, de modo que el paciente pueda reconciliarse con las aspiraciones de su Ello. Lo esencial para él no es, sin embargo, una reconstrucción biográfica de los acontecimientos infantiles, sino la reapertura del acceso a las fantasías y deseos de la infancia. En esto, el paciente debería observar lo que está actuando en él y no simplemente expresar todo lo reprimido sin distinción. Con una cierta recuperación de la ingenuidad infantil, el Yo podría volverse más indulgente hacia los deseos de su Ello y reducir la hipocresía, inevitable consecuencia de la educación. Los conflictos intolerables entre el Ello y el Yo se eliminan. El proceso de represión ciertamente hace posible el desarrollo de la civilización y la convivencia social, pero también puede provocar enfermedad si los impulsos pulsionales son excesivamente reprimidos y vividos en muy poca medida. Todo el organismo lleva a cabo el trabajo de represión. Por lo tanto, para Groddeck, el síntoma

corporal puede ser tanto una expresión directa de la defensa contra un impulso prohibido como una expresión simbólica del mismo. Al igual que en la concepción de Freud, según la cual en la defensa se manifiesta lo reprimido, Groddeck encuentra en el síntoma patológico tanto la defensa como el deseo reprimido. La enfermedad debería “resolver un conflicto.. es decir, eliminar o impedir que el material reprimido resurja a la conciencia.. Pero la enfermedad también es un símbolo, la representación de un acontecimiento interior, el escenario que el Ello utiliza para revelar aquello que no puede expresar mediante palabras”³¹.

Él ya entendía la enfermedad y sus síntomas como una resistencia, como resistencia del Ello contra limitaciones intolerables. Luego también vio la voluntad de estar enfermo como una resistencia contra la voluntad de curarse. En el paciente actúa una ambivalencia entre la voluntad de curarse y la de estar enfermo. Dado que el médico se alía con la voluntad de curación, en la terapia se llega a la resistencia del paciente contra el médico. Por lo tanto, “la resistencia del paciente contra el médico constituye el objeto de todo tratamiento”³²

El método de tratamiento de Groddeck consistía, ante todo, en la técnica de las asociaciones libres y la interpretación de los símbolos. Este trabajo recaía principalmente en el paciente. Solía reiterar “que los procesos analíticos en el tratamiento del enfermo no los realiza el médico, por lo que también el paciente, no el médico, debe interpretar. Si el médico, en casos excepcionales, se ve realmente obligado a interpretar, lo hace en forma de propuestas, debiendo siempre ser consciente del peligro de que el paciente probablemente convierta la interpretación del médico en un arma de resistencia.”³³. La tarea del médico debería consistir, en primer lugar, en dar voz, con su propia actitud, al Ello resistente. Por esta razón, debería ser lo más paciente y abierto posible, “ocultando lo menos posible su propia naturaleza para ofrecer al Ello del paciente el menor número de pretextos para no confiar.”³⁴ Además, era consciente de que la transferencia y la resistencia del paciente estaban codeterminados por la personalidad del médico y su comportamiento en el momento. Por ello, consideraba importante que el médico conociera sus propias peculiaridades y no las ocultara. “Solo hay un error fatal para el médico-servidor: ocultar, ocultar frente a los demás y, peor aún, ocultar frente a sí mismo”³⁵. A través de su autoanálisis y de las experiencias en el tratamiento de pacientes, el médico desarrolla una sensibilidad cada vez mayor hacia las aspiraciones del Ello, incluidas las somáticas. Como Groddeck era consultado frecuentemente por enfermedades somáticas, le resultaba consecuente el postulado: “El médico no solo debe comprender los lenguajes del Ello, sino que debe hablarlos él mismo, hablarlos conscientemente. Entonces también desarrollará la capacidad de hablar al enfermo en el lenguaje del inconsciente y del [sistema] vegetativo”.³⁶

Para él, esto incluía también el contacto físico con fines diagnósticos y terapéuticos. Por ello, empleaba también las técnicas de la medicina fisicalista de su período preanalítico, como masajes y baños, para tratar la resistencia somática, lo cual encajaba plenamente con su concepción de que la represión también sería un acto corporal. Mediante esta comunicación corporal, no verbal y directa, se contactaban zonas del Ello del paciente que no eran accesibles, o no lo eran todavía, al lenguaje verbal analítico. Con el masaje se podían estimular en el cuerpo procesos circulatorios inhibidos, pero “provocando dolor, reacciones de defensa, síntomas vegetativos”, también se podían poner “en marcha procesos psíquicos.”³⁷ De este modo, se enfocaba especialmente en aquellos órganos a los que “atribuía una función mediadora entre cuerpo y psique, en particular el sistema nervioso simpático y parasimpático”³⁸. En 1898, Hermann Cohn describió en detalle las prácticas de masaje de Groddeck en la ‘Wiener Medizinische Presse’: “Primero, el médico presiona con el puño cerrado la región del epigastrio, al principio con golpes ligeros, luego cada vez más fuertes, finalmente empujando el puño lo más profundamente posible en el epigastrio, mientras el paciente debe esforzarse en respirar lo más profundamente que pueda. En los primeros días, esto es casi imposible más de cinco veces, tal es el esfuerzo que este tipo de presión exige al diafragma; sin embargo, progresivamente, el enfermo se acostumbra a respirar 20 veces consecutivas a pesar de esta presión del puño. Después vienen los pellizcos. El médico toma entre las manos la mayor cantidad posible de grasa abdominal, horizontalmente, y aplasta los cúmulos de grasa con tanta fuerza que provoca manchas marrones y azules en la piel. Mientras tanto, los enfermos gimen y se quejan mucho; es la parte más dolorosa del procedimiento. Finalmente, el médico se sube con todo su peso al cuerpo del paciente, de modo que ambas rodillas se hundan profundamente en

el epigastrio. El médico permanece en cuclillas sobre el enfermo el tiempo necesario para que este respire primero 5, luego 7, 10, y hasta 30 veces profundamente. Esta es una gimnasia del diafragma imposible con cualquier otro tipo de masaje”³⁹.

Además de los masajes, los métodos de tratamiento médico-orgánicos de Groddeck incluían baños de brazos, pies y semicupios de hasta 50°, gimnasia respiratoria, ejercicios gimnásticos y dieta. Todos estos métodos servían para el análisis de las resistencias.

La influencia de Groddeck en Ferenczi

Durante su primera visita a Baden-Baden, Ferenczi pudo observar estos tratamientos e incluso experimentarlos en sí mismo. Al regresar a Budapest, continuó practicando los baños, los ejercicios gimnásticos y los masajes.

Mucho de lo que vio durante sus visitas a Groddeck influyó en él. A partir de mediados de los años veinte, Ferenczi modificó su actitud analítica y su técnica terapéutica. A diferencia de Groddeck, se esforzaba por integrar los nuevos conocimientos y las nuevas técnicas en la estructura psicoanalítica de la época, dotándolos de un fundamento científico. Con la técnica de la “terapia activa”, desarrollada por él a principios de los años veinte, buscaba intervenir en el proceso analítico mediante la imposición de obligaciones y prohibiciones, entre otros métodos, para superar las resistencias de un Yo estancado, activar al paciente y llevar más rápidamente el contenido reprimido a un estado de conciencia. En este enfoque todavía predominaba la figura del maestro autoritario, poseedor del conocimiento, frente al alumno enfermo, sufriente y sometido, cargado de resistencias que debían ser quebradas para conducirlo por el camino correcto. El analista se presentaba principalmente como una figura paterna, y el analizando debía agotarse en la elaboración de la transferencia paterna para poder acceder a la realidad. Este esquema correspondía plenamente a la concepción de Freud. Sin embargo, Ferenczi aprendió de Groddeck un enfoque más comprensivo, con un tono materno, y adquirió familiaridad con las temáticas preedípicas. Groddeck trataba a sus pacientes con gran calidez y disponibilidad, aceptándolos incondicionalmente. Su relación ingenua e infantil con los enfermos, “un juego serio, como el de los niños”, definía su enfoque del tratamiento. Además, hacía públicas sus experiencias autoanalíticas en conferencias y escritos, lo que causaba gran descontento en algunos colegas berlineses. Estos se quejaron ante Freud por las explícitas asociaciones libres que Groddeck realizaba en sus conferencias en la Lessing-Hochschule (Berlín), pidiéndole que interviniera con la autoridad necesaria.⁴⁰

La actitud de gran apertura del analista hacia sí mismo y hacia sus pacientes debió impresionar profundamente a Ferenczi. El tema de la hipocresía tenía para él, como escribió en su carta de Navidad de 1921, un significado doloroso. Por ello, la sinceridad hacia sus pacientes desempeñó un papel cada vez más importante en el desarrollo de su técnica a finales de los años veinte. De igual forma, sus experiencias con Groddeck influyeron en el desarrollo de su principio de relajación. En su trabajo ‘Principio de relajación y neocatarsis’, Ferenczi escribe: “Anna Freud, en el transcurso de una conversación sobre algunos aspectos de mi método técnico, observó con razón: ‘Usted trata a sus pacientes como yo trato a los niños en mis análisis infantiles’. Tuve que darle la razón y recordé que en mi última publicación, un breve artículo sobre la psicología de los niños ‘mal recibidos’ que, más tarde, llegan al análisis, abagué por que el análisis propiamente dicho, el de las resistencias, fuera precedido por una fase de cálida acogida [...] No cabe duda de que, al acercar estos dos tipos de análisis, fui influido por Georg Groddeck, el audaz pionero del psicoanálisis de los trastornos orgánicos, a quien había recurrido precisamente por una enfermedad de este tipo. Aprobé completamente sus intentos de animar a los pacientes a recuperar la ingenuidad infantil y también tuve ocasión de comprobar personalmente los buenos resultados obtenidos”.⁴¹ Groddeck y Ferenczi fueron los primeros en ver la regresión no como un factor perturbador, sino como algo que podía utilizarse e incluso fomentarse para tratar lo que más tarde serían conocidos como “trastornos precoces” y psicوماتosis, que representaban los límites de la psicoanálisis clásico.

Herbert Will, en su ensayo sobre la amistad entre Groddeck y Ferenczi, describe la influencia científica del primero sobre el segundo, que este había experimentado en parte conscientemente, en parte inconscientemente, y establece diez puntos: 1) no educar al paciente, sino permitir que se desarrolle; 2) permitir y fomentar la regresión (“volver a ser niño”; Will, 1994, p. 728), destacando la importancia de la

esfera emocional; 3) intensificar el análisis de la transferencia; 4) adoptar una actitud natural y sincera; 5) conceder distensión y libertad; 6) comprender el lenguaje corporal expresado en el síntoma; 7) crear un espacio materno, favoreciendo los juegos como forma de relación; 8) compartir un análisis recíproco; 9) percibir el vínculo inconsciente entre analista y analizando; 10) animar al paciente a expresar su crítica hacia el analista.⁴² La importancia de estas técnicas analíticas y de estas actitudes del analista puede observarse en los trabajos escritos por Ferenczi a partir de 1926.

Así evolucionando, sin embargo, Ferenczi también se alejaba progresivamente de Freud, cuyo amor materno siempre había buscado en vano. Le resultaba prácticamente imposible rebelarse contra quien lo amaba como un padre ama dentro de un régimen patriarcal. Sus intentos en ese sentido se detenían en el inicio, las manifestaciones agresivas eran prontamente reprimidas, lo que solo acrecentaba la transferencia negativa inconsciente hacia Freud. Podemos preguntarnos si, por ejemplo, el repetido lapsus de escribir “Palermo” en la carta a Groddeck del 21 de octubre de 1931 no tiene que ver, ante todo, con esta agresividad reprimida, considerando que allí, durante las vacaciones con Freud en 1910, Ferenczi había sufrido una gran decepción. Sobre esto escribe a Groddeck en la carta de Navidad de 1921, donde también se lamenta por los rechazos de Freud a darle amor y por su actitud de superioridad. Prestemos atención ahora a un lapsus en esta carta, que el propio Ferenczi aclara: al principio escribe que se declara “vito [besigt] por la natural gentileza y amabilidad” de Groddeck. Reconociendo su error, corrige “vito” por “vencido [besiegt]” y añade que con Freud nunca había podido abrirse tanto y que el error en “vencido [besiegt]” se conecta con el nombre de Freud, Sigmund [Siegmund]. Aquí se manifiestan su deseo de encontrar en Freud la misma acogida recibida de Groddeck y su decepción por el hecho de que no fue ni seguía siendo así. Sigmund no se revelaba —como su nombre sugeriría— un protector victorioso.⁴³ La carta deja entrever una profunda rabia reprimida hacia las figuras parentales, entre las cuales también se incluye a su esposa. A principios de 1922, mientras se encontraba en Viena, Ferenczi logró admitir ante Freud su rabia hacia él, aunque solo en un plano de la transferencia paterna. Que esto fuera posible se debió también a su análisis con Groddeck. Sin embargo, nunca llegó a enfrentarse a Freud en el plano real, buscando siempre salvaguardar su reconocimiento y amor, sin arriesgar una ruptura con él. Herbert Will plantea la hipótesis de que las cefaleas nocturnas de Ferenczi y su disnea eran también expresiones de afectos reprimidos.⁴⁴

Los trastornos cardíacos y respiratorios de Ferenczi en el verano de 1929, durante sus vacaciones en St. Moritz con algunos pacientes, podrían estar relacionados con esos afectos reprimidos, suscitados en él por los reproches de plagio por parte de Groddeck (carta de Groddeck del 13.6.1929). Por desgracia, no conocemos la reacción inicial de Ferenczi. El telegrama que envió rápidamente a Groddeck no se ha conservado. En la carta del 7 de julio de 1929, sin embargo, asegura a Groddeck desde el principio sus “inmutables y tiernos sentimientos”, y un mes después, el 16 de agosto, lamenta que Groddeck haya interrumpido la discusión sobre los “malentendidos.. incomprensibles” y vuelve a destacar la “continuación de nuestra amistad”. Al mismo tiempo, menciona nuevos problemas físicos y solicita un tratamiento. A finales de octubre, después de una estancia de dos meses en Baden-Baden, escribe que la visita fue un verdadero “relajamiento”. El encuentro con Groddeck, sin embargo, solo proporcionó una distensión de corta duración; de hecho, ya en enero de 1930 Gisella Ferenczi escribe a Emke⁴⁵ Groddeck que Sándor tenía frecuentes cefaleas nocturnas. En esta ocasión, los trastornos probablemente derivaban principalmente de su obstinado trabajo analítico con una paciente, Elizabeth Severn, a quien dedicaba a veces hasta “4 horas al día”.

La gran necesidad de amor y armonía de Ferenczi siempre requería una rápida represión de sus deseos agresivos, lo que a su vez generaba en él tensiones adicionales, ya que detestaba profundamente la hipocresía. Sobre esto vuelve a escribir en la carta de Navidad de 1921: Ferenczi menciona que parte de sus angustias de muerte remiten a su “deseo de muerte hacia su esposa” y que su escrupulosidad lo obliga, por tanto, a hacer que su esposa lea esa carta. De este modo, puede hacerle saber sobre su deseo de muerte y al mismo tiempo satisfacer la necesidad de encontrar, al abrirse como un niño, aquella comprensión y ayuda que no había podido hallar en sus padres, como menciona en la misma carta. Su gran necesidad de amor y armonía empujaba a Ferenczi hacia una constante amabilidad con los demás, exigiéndole mucho en términos de represión de los conflictos, que, por tanto, también encontraban expresión en trastornos somáticos.

La carta de Gisella Ferenczi

Las doce cartas y postales de Gisella Ferenczi a Groddeck y a su esposa (en algunas cartas de Ferenczi a Groddeck también se encuentran líneas y posdatas de Gisella) nos muestran, por un lado, cuán íntima y personal era la amistad entre los Ferenczi y los Groddeck, y, por otro lado, permiten una visión más amplia sobre la relación entre Ferenczi y su esposa. Ya en su primera carta, pocos días después de la primera estancia en Baden-Baden, se percibe cuánto disfrutó también Gisella de esos días con los Groddeck, iniciando una amistad personal. La idea de un tratamiento para su hija Elma con Groddeck parece haber surgido de Gisella a principios de 1922; de hecho, fue ella, no Sándor, quien se informó al respecto. Además, parece haber sido ella quien relató con entusiasmo los meses pasados en la casa de reposo de Groddeck. La atmósfera del lugar parece haber sido beneficiosa tanto para Elma como para Sarolta, y ambas parecen haber sacado provecho de los cuidados de Groddeck. Ambas desarrollaron una amistad personal con Emmy Groddeck, que en el caso de Elma continuó hasta la muerte de Emmy. Fue también Elma quien sugirió un tratamiento para su prima Zsófia Dénes con Groddeck (ver la carta del 22.6.1923); no fue Ferenczi, como refiere Dénes en su escrito autobiográfico aquí adjunto.

A partir de la tercera estancia, en 1924, Gisella también comenzó a tutear a Georg y Emmy, y su relación parece haberse vuelto muy cercana. En el número nueve del 7.9.1925 de la revista de Groddeck, 'Die Arche', incluso se incluyen felicitaciones por el cumpleaños de Gisella Ferenczi, lo cual la dejó encantada.

En 1927, Gisella parece seriamente preocupada por la excesiva carga de trabajo de Ferenczi y se alegra de que no fuera elegido presidente de la Asociación Psicoanalítica Internacional ni se realizara el "deseado" traslado a Viena. Freud parece tener razón cuando especula con Max Eitingon: "... probablemente no sucederá, porque la esposa está en contra".⁴⁶ A principios de 1930, sus temores aumentaron aún más. Se quejaba de que Sándor sufría frecuentes cefaleas nocturnas, que era explotado por la "princesa" Severn, quien rechazaba sus atenciones. Ya no era el mismo de antes, "está enfermo psíquicamente". Tal vez estos sean los primeros signos de la anemia perniciosa que acabaría con su vida. Clínicamente, esta enfermedad lenta solo se manifiesta plenamente cuando las reservas de vitamina B12 en el cuerpo se reducen drásticamente. Pero, ciertamente, también se reflejan aquí las consecuencias del "autosacrificio" de Ferenczi, del cual escribe a Groddeck a finales de ese mismo año y que es resultado del intenso análisis recíproco que llevó a cabo especialmente con Elizabeth Severn.

Un año y medio después, en septiembre de 1931, las preocupaciones de Gisella por Sándor habían aumentado aún más: "En él hay un hervidero, como en un caldero. A menudo tengo miedo. ¿Qué dirá el mundo de todo esto? Me consuelo con su inclinación a la indolencia". No sabemos de qué manera Groddeck, a principios de los años treinta, intentó ejercer alguna influencia sobre la evolución de Ferenczi. En febrero de 1934, en su respuesta a la carta de Gisella escrita en papel de luto, solo escribe: "Intenté de vez en cuando llamarle la atención sobre el peligro de su camino; pero tan poco como se puede detener un río impetuoso con la palma de la mano, se podía ayudar a Sándor [...]. Él estaba, por mucho que estuviéramos cerca uno del otro y por mucho que nos hubiéramos hecho amigos, ya muy lejos de mí en un vuelo estelar al cual yo no podía ni quería unirme". Parece que Groddeck, a pesar de toda su amistad, pudo hacer muy poco. En ese periodo, Ferenczi se había aislado y estaba totalmente absorto en sus investigaciones analíticas y sus innovaciones técnicas, algo que queda claramente reflejado en su 'Diario clínico'.

Gisella quedó profundamente afectada por la muerte de Sándor. Sus cuatro cartas entre julio de 1933 y febrero de 1934 muestran todo su dolor por la pérdida de su amado esposo. Incluso tres años después de su muerte, en febrero de 1936, no había superado este duro golpe. De entonces data la última carta conocida de Gisella Ferenczi a Emmy Groddeck, o al menos la última que se conserva. Parece que no volvió a ir a Baden-Baden, como aún tenía intención de hacerlo en 1934.

La última carta incluida aquí, de 1957, escrita por Elma Laurvik a Emmy Groddeck, muestra que, a pesar de todo, los contactos entre las "familias" Ferenczi y Groddeck continuaron. Esta también es una expresión de la amistad, por un tiempo tan íntima, entre Sándor, Gisella, Elma, Georg y Emmy.

Textos complementarios

El ambiente en Marienhöhe era muy familiar y favorecía la regresión. Groddeck controlaba y dominaba todo. Como una “buena madre”, cuidaba del cuerpo y del alma de sus pacientes: realizaba exámenes físicos y tratamientos, daba masajes, prescribía dietas, escuchaba, analizaba, impartía conferencias y celebraba eventos con los pacientes. Gracias a esta estrecha combinación de tratamiento físico y diálogo, Groddeck lograba abrir a algunos de sus pacientes el acceso a capas psíquicas que no eran alcanzables solo con la palabra. Con frecuencia creaba una transferencia en la que sus pacientes se sentían como niños, acogidos por él y confiando plenamente en su cuidado. Desde esta situación regresiva podían liberarse fuerzas capaces de resolver los conflictos entre el Ello, el Yo y el entorno, conflictos que hasta entonces habían provocado enfermedades físicas y psíquicas. Muchos pacientes mantenían el contacto con Groddeck, a menudo durante años, regresando repetidamente a Baden-Baden para nuevos tratamientos. Durante su estancia en Marienhöhe, a menudo se lograba una rápida mejoría de los síntomas, aunque en algunos casos estos volvían a presentarse tiempo después de su partida. Esto puede atribuirse no solo al largo período necesario para tratar enfermedades psicosomáticas, sino también a transferencias no resueltas. La necesidad de trabajar sobre la resolución de la transferencia era un desafío constante en los métodos de Groddeck.

Entre sus pacientes había con frecuencia húngaros, en parte gracias a la mediación de Ferenczi. En el apéndice se incluyen las impresiones que dos de ellos dejaron por escrito. Estos documentos ofrecen una visión adicional sobre los métodos de tratamiento de Groddeck, la vida cotidiana en la casa de reposo y los procesos transferenciales.

Durante su estancia allí, el arquitecto húngaro Frigyes Kovács escribió muchas cartas a Budapest a su esposa Vilma, colega y amiga de Ferenczi, en las que describía sus experiencias e impresiones—también en el sentido literal del término—sobre Groddeck y sus tratamientos. El relato de Zsófia Dénes, publicado unos cincuenta años después y que aborda diversos acontecimientos, no es completamente confiable. Sin embargo, sus sentimientos hacia Groddeck y su descripción de la atmósfera ilustran de manera muy clara la vida en el “Satanarium”.⁴⁷ Coinciden con los relatos de otros pacientes.

En el apéndice también se encuentra una entrevista del escritor y periodista húngaro Dezső Kosztolányi a Groddeck, realizada durante su visita a Budapest en el otoño de 1925. Este breve intercambio, publicado el 21 de noviembre de 1925 en ‘Pesti Hírlap’, un importante diario húngaro, describe con gran precisión el pensamiento de Groddeck, como su idea de que detrás de la tala de abedules y álamos, justificada desde el punto de vista de la economía forestal, se encontraba la venganza del niño contra el palo con el que había sido castigado. La carta de Magda Ferenczi, esposa de Lajos (el hermano menor de Sándor) y hermana menor de Elma Laurvik, documenta la continuación de una relación entre las “familias” Groddeck y Ferenczi después de la muerte de los cuatro protagonistas. Margaretha Honegger, albacea de los escritos de Groddeck, también incluyó el intercambio epistolar Groddeck-Freud en ‘Groddeck und sein Es’. Magda agradece en nombre de su hermana, quien ya sufría de demencia en aquel momento.

La amistad entre el “enfant terrible” del psicoanálisis, Sándor Ferenczi, y Groddeck enriqueció el psicoanálisis, aunque este reconocimiento llegó plenamente solo después de décadas. En la corriente principal del psicoanálisis de los años veinte, ambos eran *outsiders* que amaban experimentar, pero no eran disidentes. Ambos estaban convencidos de las posiciones fundamentales de Freud y, además, buscaban siempre el reconocimiento y el amor del “padre supremo”. En el centro de su obra estaba el ser humano sufriente y el impulso médico de ayudarlo. Buscaron nuevas posibilidades de tratamiento para aquellas enfermedades que no podían ser adecuadamente abordadas con las técnicas médicas y psicoanalíticas de la época. Ambos eran considerados especialistas en las llamadas condiciones patológicas graves o desesperadas. Abrieron caminos para la terapia de los “trastornos precoces”, las “psicosomatosi” o los denominados “trastornos de las relaciones objetales”. Ofrecían a los pacientes una “relación objetal” que algunos colegas consideraban una satisfacción pulsional directa.⁴⁸ Contribuyeron a integrar las concepciones psicoanalíticas en la medicina general y fueron defensores apasionados del llamado análisis laico y del uso del psicoanálisis más allá de la medicina. También compartían el hecho de no haber fundado ninguna escuela, aunque—algo que a menudo pasó desapercibido o solo fue reconocido años después—ejercieron una fuerte influencia en

las generaciones posteriores, como lo demuestran Michael Bálint, Donald W. Winnicott o Frieda Fromm-Reichmann.

La amistad entre Groddeck y Ferenczi se basó en el respeto mutuo y la autenticidad. Se relacionaban de igual a igual. A pesar de algunas diferencias en sus concepciones del psicoanálisis y la ciencia, desarrollaron una sinceridad en su relación que no se vio afectada ni siquiera por los desacuerdos ocasionales. Aunque en los últimos años las cartas entre ellos se hicieron más esporádicas, parece que en cada encuentro personal retomaban la relación desde donde la habían dejado, sin interrupciones. En su amistad con Groddeck, Ferenczi encontró relajación, estímulo y esa acogida incondicional que tanto deseaba.

Volver a Evidencias Testimoniales

Volver a Newsletter 28-ALSF

- 1.- Freud, Ferenczi, 1998, pp. 233, 237, 243.
- 2.- La primera carta de Groddeck, del 27.5.1917, se encuentra en Freud, Groddeck, 1970; la segunda, conservada solo como borrador, está en el legado Groddeck del Deutsches Literaturarchiv Marbach.
[N.d.T.] En la edición italiana del epistolario Freud-Groddeck de 1970, de esta segunda carta solo está presente una parte muy limitada y no de las más interesantes. Una traducción de la larga porción restante, casi completamente dedicada a una profunda autoanálisis, se puede encontrar en Groddeck et al., 2022, pp. 247-81. El original está incluido en la edición completa del epistolario Freud-Groddeck, editada por Michael Giefer y publicada en 2008 (Groddeck, Freud, 2008, pp. 63-93).
- 3.- Freud, Ferenczi, 1998, pp. 239 e 245
- 4.- Groddeck, 1917.
- 5.- Ferenczi, 1917, p. 280
- 6.- [N.d.T.] 8-11 de septiembre de 1920.
- 7.- Will, 1994, p. 720.
- 8.- Apodo de Groddeck desde la infancia, usado como firma en las cartas que componen El libro del Ello.
- 9.- Carta del 4.12.1921; en Freud, Groddeck, 1970.
- 10.- [N.d.T.] Véase infra, p. 63, nota 2.
- 11.- Carta del 31.05.1923; en Freud, Groddeck, 1970
- 12.- Groddeck, 1925-27, 116 p. 14
- 13.- [N.d.T.] Ferenczi hace referencia a la composición de la palabra traducida aquí como “arrogancia”: “Obermut”, compuesta por “über” (sobre) y “Mut” (coraje), por tanto literalmente “supercoraje”. Escribe de hecho: “der Übermut ist bei ihm wirklich nur die Obertreibung des Mutes“ (cursivas mías).
- 14.- Carta del 18.4.1925; en Wittenberger, Tögel, 2006.
- 15.- Will, 1987, p. 106
- 16.- Freud, Ferenczi, 2005, p. 234
- 17.- Carta del 27.5.1923; en Freud, Groddeck, 1970.
- 18.- Ferenczi, 1930, p. 62
- 19.- Freud, Ferenczi, 2005, p. 234
- 20.- Schweninger y Groddeck, 1898, p. 1029.
- 21.- Groddeck, 1913.
- 22.- Groddeck, 1923, p. 337.
- 23.- Groddeck, 1925a, p. 509.
- 24.- Groddeck, 1983, p. 207
- 25.- Groddeck, 1933, p. 326
- 26.- Will, 1987, p. 129.
- 27.- Groddeck, 1926, p. 105
- 28.- Groddeck, 1966, p. 332.
- 29.- [N. del T.] Corchetes del editor alemán.
- 30.- Groddeck, 1923, p. 176
- 31.- Groddeck, 1923, p. 143
- 32.- Groddeck, 1923, p. 153.
- 33.- Groddeck, 1925b, p. 217.
- 34.- Groddeck, 1925a, p. 346; Groddeck, 1983, p. 138.
- 35.- Groddeck, 1928, p. 589; Groddeck, 1983, p. 216.
- 36.- Groddeck, 1928, p. 583; Groddeck, 1983, p. 209.
- 37.- Will, 1987, p. 160.
- 38.- Will, 1978, p. 161.
- 39.- Will, 1987, p. 30.
- 40.- Wittenberger, Tögel, 2006, p. 245..
- 41.- Ferenczi, 1930, p. 62.

[N.d.T.] He incluido en el texto la traducción propuesta por Cortina en ‘Opere’, pero señalo dos pasajes que, a mi parecer, no se ajustan completamente al original: “Tuve que darle la razón y recordé que...”. En ‘Fondamenti’ se propone una traducción del ensayo con pocas, pero significativas, diferencias. En este punto específico se lee: “Tuve que darle la razón y le recordé que...” (Ferenczi, 1929c, p. 393; cursivas mías). En el original, el equivalente de la parte en cursiva es: “...und erinnere daran, dass...” (Ferenczi, 1929d, p. 486). Por lo tanto, considero mejor: “Tuve que darle la razón y recuerdo que...”. En otras palabras, Ferenczi no está diciendo (como en ‘Opere’) que, hablando con Anna Freud, recordó, como saliendo de una especie de olvido temporal, su “pequeño trabajo” (se trata de ‘Il bambino mal accolto e la sua pulsione di morte’, en el que explícitamente asocia su intervención analítica con las técnicas de Anna Freud; Ferenczi, 1929b, p. 49); tampoco está diciendo que lo recordó en ese momento a su interlocutora directa (‘Fondamenti’); más bien, pretende recordarlo, en el presente en que escribe, a sus lectores. “Pude comprobar personalmente los buenos resultados obtenidos”. La versión de ‘Opere’ contiene una ambigüedad que no está

presente en el original y podría parecer que Ferenczi se refiere aquí a sus propios éxitos, obtenidos al aplicar “personalmente” las técnicas de Groddeck. Ferenczi escribe, en realidad: “ich... sah auch die Erfolge, die er damit erzielte” (Ferenczi, 1929d, p. 486), es decir: “también vi los éxitos que él obtenía con ello”. Este “vi” se comprende al recordar que Ferenczi se refiere aquí a su estancia en Marienhöhe con fines terapéuticos, quizás incluso a la primera, en septiembre de 1921 (véase infra, p. 44, nota 1). No escribe: “Groddeck... al que recurrí”, sino: “Groddeck..., cuando [als] recurrí a él...” (cursivas mías). ‘Fondamenti’ ofrece una versión, en general, libre de ambigüedad, pero que no respeta plenamente la estructura sintáctica del original: “Habiéndome dirigido a él precisamente para tratarme una enfermedad orgánica, aprobé completamente sus intentos de animar a los pacientes a recuperar la ingenuidad infantil y también pude comprobar los buenos resultados alcanzados” (Ferenczi, 1929c, p. 394; cursivas mías)

42.- Will, 1994, pp. 728-732

43.- [N.d.T] Sigmund (o Siegmund) deriva de las raíces del alto alemán “sigu” (victoria) y “Munt” (protección).

44.- Will, 1994, p. 735

45.- [N.d.T] Diminutivo de Emmy que, como Emmyke, aparece varias veces en las cartas del epistolario

46.- Will, 1994, p. 735.

47.- Título de una revista que Groddeck había publicado en 1918 para sus pacientes y una definición, entre seria y jocosa, del “Sanatorio” (Marienhöhe). Concebía el Satanarium como un lugar ofrecido por él a las personas para “gritar libremente su tormento, sin miedo ni vergüenza” (Groddeck, 1992, p. 15)

48.- Cremeirus, 1963, p. 1001